

España: La Falange versus el Opus-Dei



MANIFESTACION DE LOS FALANGISTAS ESPAÑOLES
Duras consignas contra los obispos "rojos"

Desde Madrid, España, escribe el corresponsal Armando Puente.

Decía Pío Baroja que los españoles siempre andan detrás de los curas, unas veces con una vela y otras con un garrote. Veinte mil personas reverdecieron en días pasados el juicio del novelista, al desfilar por las calles de Madrid pidiendo el paredón para el cardenal Enrique Tarancón, arzobispo de Madrid, y enarbolando un cartel en el que se decía: "Que los obispos cuiden de las almas, que de los cuerpos nos ocupamos nosotros". Y otro en el que aparecía dibujada una horca de la que pendía una figura ensotanada y en la que se pedía "justicia para los obispos". Si en aquel momento hubiera resucitado un extremista del Frente Popular de los agitados años de la República y hubiese oído esos gritos o leído esos carteles, habría dicho: "Estos son mis camaradas". Sin embargo, se habría equivocado de medio a medio porque los manifestantes eran los ultraderechistas y guerrilleros de Cristo Rey, indignados por el asesinato de un joven policía.

Juan Antonio Fernández, un miembro de la brigada de la policía política-social, de 21 años de edad, fue brutalmente asesinado a puñaladas en una callejuela del viejo Madrid cuando se enfrentó a un "comando" de jóvenes marxistas. Otros dos policías resultaron heridos. La noticia produjo un escalofrío de horror en la ciudad: era el primer policía muerto en el curso de una manifestación política desde que, hace 33 años, Franco asumió el poder.

Las manifestaciones convocadas por el Frente Revolucionario de Acción Popular (FRAP) y la Liga Comunista, organizaciones clandestinas de extrema izquierda, habrían sido un fracaso. Las comisiones obreras, controladas por el Partido Comunista, así como por la Unión General de Trabajadores (UGT) —socialista— y otras agrupaciones ilegales se habían abstenido este año de celebrar manifestaciones, en vista de que "sólo sirven para que la policía descubra parte del aparato y detenga compañeros".

Los actos de protesta tuvieron así menor volumen que en años anteriores. Oficialmente se contabilizaron 21 intentos de manifestaciones en todo el país, de los cuales sólo el de la localidad catalana de San Cugat alcanzó importancia al reunir a unas diez mil personas. Es que allí existe un pesado clima desde que hace un mes un obrero resultó muerto a tiros por la policía cuando intentaba desalojar a los huelguistas de una fábrica. En Madrid y Barcelona no consiguieron movilizarse más de mil o dos mil personas, en su mayoría jóvenes estudiantes radicalizados. Pero, a diferencia de otros años, estos jóvenes iban dispuestos a enfrentarse a la policía, armados de cadenas y barras de hierro, en algunas de las cuales habían atado cuchillos de caza. Lo que los manifestantes aparentemente ignoraban era que pocas horas antes, la policía había recibido órdenes terminantes del Ministerio del Interior de no volver a desenfundar sus armas, bajo pena de comparecer ante un tribunal militar disciplinario,

con la finalidad de evitar luctuosos episodios como el de San Cugat.

Poco antes del grave suceso, otros incidentes habían tenido lugar en Madrid. La víspera del primero de mayo, los guerrilleros de Cristo Rey, un grupo activista de ultraderecha, impidió la celebración de una reunión en la capital, donde se habían congregado un millar de militantes obreros católicos para "reflexionar cristianamente sobre la fiesta del trabajo". Los guerrilleros de Cristo Rey desbandaron la reunión arrojando bombas de humo y haciendo disparos al aire. Poco después, el mismo grupo agredió a personas que salían de una misa, donde se había rezado por los obreros muertos durante el año, hirviendo a una decena de católicos, entre ellos cinco sacerdotes. Cuando el obispo auxiliar de Madrid, monseñor José Oliver, quien había oficiado la misa, intentó pacificar a los beligerantes guerrilleros de Cristo Rey, éstos le amenazaron diciéndole: "Acércate, que a ti también te vamos a dar leña".

Después de tales episodios, el arzobispo auxiliar de Madrid y los cinco obispos auxiliares de la diócesis aprobaron una declaración conjunta en la que "reprobaron el crimen del guardián del orden" y después de agregar que todos tenemos parte en el clima de agresividad que se respira en el país, pedía a los españoles que se alejaran "de todo tipo de procedimientos injustos", que siempre son causa de mayores males. En la misma declaración reprobaban igualmente "los actos de violencia de quienes usurpando el nombre de Cristo y mezclando de manera indebida motivos religiosos y patrióticos han atacado, de palabra y de obra, a sacerdotes y militantes católicos e invitaron "a promover por vía pacífica aquellas reformas que la sociedad necesita para que todos, especialmente la clase obrera, logren sus aspiraciones de justicia y libertad".

Esta declaración rebasó los límites de la paciencia derechista. El diario *Arriba*, órgano del movimiento nacional, comentó que los obispos habían faltado a la justicia, a la caridad y al espíritu evangélico. Al día siguiente, muchos de sus lectores emplearon un lenguaje mucho menos comedido.

El cadáver del inspector Fernández fue velado en la Dirección General de Seguridad y el ministro del Interior ordenó que desde allí fuera trasladado en un coche fúnebre hasta el pueblo natal, en las montañas de León. Pero sus compañeros, que se hallaban indignados por el suceso, hicieron un planteo en el patio del viejo edificio, situado en la Puerta del Sol, reclamando "más armas y mejores sueldos". Y en un acto de indisciplina, un millar de ellos, encabezados por el general Iniesta, jefe de la Guardia Civil, carga-

ron el féretro a hombros y desfilaron por la céntrica avenida de José Antonio, pidiendo la dimisión del ministro y gritando: "Franco sí, Opus no". Los gritos se multiplicaron a la salida del funeral: "Gobierno dimisión", "Ni rojos, ni rey, ni Opus Dei", "No a los indultos", "Tarancón al paredón". Así la ultraderecha reverdecía slogans anticlericales de la más honda tradición hispánica.

El inesperado brote de agitación callejera no alteró al anciano Franco, quien escuchó imperturbable el informe pertinente en un consejo extraordinario de ministros y se reservó el derecho de adoptar las medidas que estime más convenientes. En medios políticos madrileños se estima que el caudillo aguardará a que se calmen los ánimos. Entonces, según se presume, eliminará las dos puntas del conflicto: el ministro del Interior, Tomás Garricano, acusado de ineficiencia, y el jefe de la Guardia Civil, general Inesta, responsable de un acto público de indisciplina, mientras que se procederá a dotar a la policía de armas más modernas, al tiempo que menos mortíferas, para disolver manifestaciones.

Este cuadro de agitación social se complementa con diversos enfrentamientos obrero-patronales. Uno de ellos acaba de ocurrir en la zona de San Adrián de Besos, a raíz de que la compañía constructora FICSA resolvió suspender a 580 de sus 600 empleados por el lapso de dos meses, y sin goce de sueldos, en razón de que sus dirigentes insistían en lograr mejoras de índole económica. Otra compañía, la Papelera Española, había impuesto también la sanción de tres días sin salario a sus 900 trabajadores, por las mismas razones existentes en la empresa

FICSA. También doce trabajadores de las fábricas Hispano Olivetti e Iberia Radio fueron detenidos, luego de que más de mil trabajadores organizaron una manifestación contra las sanciones laborales. En la Iberia Radio y en la planta automovilística Seat, que es la más grande de España, se produjeron lockouts patronales, los que afectaron a veinticinco mil trabajadores.

La inquietud obrera ha tratado de ser canalizada por el denominado Movimiento Sindical Clandestino, que ha convocado a una huelga general, que podría afectar a enormes sectores obreros en Barcelona.

Por otra parte, en Bilbao no ha dejado de actuar el movimiento "Patria Vasca y Libertad" (ETA), siete de cuyos miembros cayeron en manos de la policía, cuando trataban de poner bombas en un barco y en una estación policial.

Pese a que el movimiento separatista vasco ha perdido a uno de sus mejores dirigentes, Eustaquio Mendizábal, quien fue muerto el mes pasado, los activistas del ETA dieron una nueva muestra de su actividad, cuando María Nieves y María Isabel ambas de 17 años, sostuvieron prolongado tiroteo con la policía, en la localidad de Barracaldo.

Todo parece indicar que las manifestaciones en Madrid, así como los reclamos laborales que se suceden en Barcelona, han ahondado los ya profundos resentimientos existentes entre la tecnocracia liberalizante del Opus Dei y la vieja guardia falangista. Durante las manifestaciones madrileñas, el canciller Gregorio López Bravo, militante del Opus Dei, fue una de las figuras más criticadas. Se le censuró su apertura a los países del Este, el mostrarse poco firme en las negociaciones con norte-



EX MINISTRO JOSE SOLIS RUIZ
El reverdecer del falangismo

americanos y marroquíes y el olvidarse del problema de Gibraltar. Los manifestantes llegaron a exigir la renuncia de todos los militantes del Opus Dei, que ocupan cargos jerárquicos en el régimen franquista.

Resulta obvio indicar que la suma de estos factores está produciendo acelerados cambios políticos. Algunos sostienen que la creciente rivalidad entre las tendencias liberales y conservadoras, podría favorecer a las corrientes de izquierda, las que, aunque sumergidas, dan la impresión de estar bastante bien estructuradas. De la misma manera, cabe recordar que si bien el clero español fue considerado como uno de los pilares del régimen, el hecho de que sínodo de obispos observe posiciones críticas frente al gobierno, permite colegir que la correlación de fuerzas políticas está sufriendo alteraciones. Justamente, a partir de esta situación surgió la virulenta crítica del diario *Arriba*, de tendencia falangista, al anotar que no pocos eclesiásticos "parecen más interesados por Marx que por Cristo". Esa publicación llegó inclusive a afirmar que "desde sectores religiosos se organiza la subversión de manera intolerable".

Al día siguiente de los sangrientos choques del primero de mayo, el general de la Torre afirmó que la guerra civil de 1936 aún no ha terminado. Corroborando este punto de vista, los panfletos falangistas sostenían que, al contrario de lo que muchos creen, esa guerra recién empieza ahora. El recuerdo de viejos combates hizo que no pocas figuras del falangismo resolvieran presentarse en la primera línea de los manifestantes, como el director general de Seguridad, Eduardo Blanco, el jefe del Estado Mayor Central, general Manuel Díaz Alegría, y el ex ministro José Solís Ruiz, quien dirigiera el Movimiento Nacional (partido único del régimen franquista) durante 15 años. ♦



GENERALISIMO FRANCISCO FRANCO
Lejos del mundanal ruido